

Una sección dedicada a recoger noticias, experiencias, ejemplos e ideas que pueden motivar tu acción educativa en casa y en la escuela

¿Dónde aprendiste lo más difícil?

En una encuesta hecha a estudiantes de París se han encontrado los más variopintos resultados: ¿que usted se cree que el más difícil teorema, la fecha más complicada, la fórmula menos inteligible, el cuadrante más obtuso, la nota musical más sinfónica, el ángulo más recto... se ha aprendido en el aula, atendiendo, mirando y oyendo al ilustre profesor del aula magna?... pues, no señor. En la esquina de enfrente, en el autobús, tirando de la cola al gato, subido y haciendo equilibrios en bici, charlando en una estruendosa cafetería o saliendo de paseo por la orilla izquierda del Sena, atravesando un semáforo, preguntando por teléfono al compañero no precisamente más listo de todos. Pues nada, sin saber bien por qué, y rompiendo un tanto molduras convencionales, en ese preciso momento, zás, la cosa aprendida.

Suelen discutir los técnicos sobre los cuatro elementos básicos que constituyen el ambiente óptimo para un buen aprendizaje: el sonido, la luz, la temperatura y la postura corporal. El «sonido», porque se supone que el silencio es lo bueno para poder aprender mejor; la «luz» que, según los cánones, ni muy fuerte ni muy suave, ha de entrar por la izquierda para impedir a los diestros la sombra de la mano cuando escriben; la «temperatura», que el frío congela el cerebro y el calor adormece la vida; la «postura», quietecitos y bien sentados, que la ciencia se compone de rigores lógicos y no admite indignas informalidades.

Pues nada de eso: o, mejor dicho, todo eso, pero bien entendido. Esto es: cada cual, con su sonido o silencio preferido; cada cual, con su luz a todo rayo o ensombrecida a gusto; cada cual, con su invierno o verano a cuestras; cada cual, con su forma de estar y componer cuerpo y figura, que de todo hay, como en la foto. Y esto, naturalmente, no es posible muchas veces lograrlo en una sola clase, donde tanta variedad sea posible ni siquiera aconsejable en el desarrollo normal de las aulas de las que habitualmente se dispone.

Pero lo que sí aparece claro —y ahí está lo significativo de las respuestas a tal encuesta— es que no se trata de formalidades, sin más: nada tan serio como aprender. Y en este tiempo en que el aprendizaje informal —no académico— adquiere una singular relevancia, es necesario ser flexibles en la estructura ambiental con que se aprende. Una cierta informalidad invade —ha invadido siempre— el ambiente de aprendizaje: nada más disciplinado que el hecho y el proceso de aprender; pero también nada más inútil que inculcar una severa disciplina que no te ayuda precisamente a aprender mejor.

No hay dos iguales

De hecho, los resultados no son iguales, aunque tengan una misma base genética y hayan ocupado recientemente centenares de páginas a favor y en contra del llamado factor herencia-ambiente.

La investigación se reduce por tanto a este aspecto: estudiados un centenar de gemelos univitelinos, nacidos de un mismo óvulo, y que luego fueron educados en ambientes distintos y distantes uno de otro, se ha encontrado, según la afirmación de es-

tas experiencias, que el cociente intelectual de ambos seguía pareciéndose enormemente. De ahí quiere concluirse que la inteligencia tiene sobre todo una base genética, al menos en un 80% de su desarrollo, y que un restante 20% puede deberse a otros factores ambientales.

La respuesta de los educadores no se ha hecho esperar: bueno, en principio, si así es, que así sea, mientras no aparezcan otras conclusiones; pero esto no impide el que cada cual intente desarrollar de la mejor manera posible las capacidades que la herencia le haya transmitido. De hecho, pasado el tiempo, no es cierto que los dos hayan aprendido lo mismo, sientan las mismas cosas, se comporten de la misma forma ante los demás, tengan la misma imagen de sí mismos e, incluso, aunque este detalle no tenga radical importancia, lleven las mismas notas en sus estudios.



ESCUELA DE HOSTELERÍA Y TURISMO
DE SANT POL DE MAR / BARCELONA



CONVOCATORIA CURSO 91 / 92

ABIERTO PLAZO SOLICITUD DE ADMISIÓN PARA
LOS PROGRAMAS DE:

- **ESPECIALIZACIÓN DIRECCIÓN HOSTELERÍA**
(Acceso COU. Titulación Oficial Nivel Diplomado Universitario)
- **ESPECIALIZACIÓN COCINA Y "FOOD and BEVERAGE" (Alimentación y Bebidas)**
(Acceso a partir de 16 años. Título EURHODIP)

RESIDENCIA FEMENINA PROPIA. Facilidades de alojamiento para otros alumnos

MAYOR INFORMACIÓN:

Dept. de Admisiones, Anex. HOTEL GRAN SOL
08395 SANT POL DE MAR (40 Km. de Barcelona)
Teléf. 93/ 760 02 12 - 760 00 51 - Fax. 93/ 760 09 85



Y esto, en primer lugar, porque ni la inteligencia lo es todo ni siquiera las gentes que intentan medirla se ponen realmente de acuerdo más que en definir aproximadamente aquello que miden. De ahí que ya Piaget afirmaba, no sin cierta ironía, a un psicólogo muy dado a la métrica; «¿qué es la inteligencia?... pues usted ya lo sabe: lo que miden sus tests de inteligencia». Si, en cambio, en la definición de inteligencia quieren resaltarse una serie de capacidades como la adaptación al ambiente real de cada persona, la capacidad de resolver problemas en la vida de cada uno, la comunicación y el saber relacionarse, la aceptación de sí mismo, la facultad de pensar e interiorizar lo que te va pasando, el saber tomar decisiones, etc., el poder genético, sea cual fuere, adquiere una nueva dimensión: la experiencia vital de cada uno.

Festejemos, pues, éste y otros tantos congresos que frecuentemente se organizan para celebrar alegrías a partida doble; y sepamos que, quizá, nada tan ilustre como una buena herencia. Pero no es cuestión sólo de tener: el ser se logra también a base de mucha y buena escuela.

¿Profesores más cultos o más técnicos

Ahora que —después de un pequeño respiro vacacional— comienzan las Escuelas de Verano, los Encuentros de Perfeccionamiento, los Cursos de Formación del Profesorado, o lo que fuere, que todo vale, surge silenciosamente la pregunta de fondo: ¿qué es mejor, un profesorado más técnico o un profesorado más culto?

Por un profesorado más «técnico» se entendería, en general, un desarrollo específico de los contenidos y metodologías de la asignatura de cada uno: con lo cual se llegaría supuestamente a una mejor enseñanza por parte del profesor y a un aprendizaje más efectivo por parte del alumno. En cambio, cuando se habla de un profesorado más «culto», suele entenderse hoy en día el hecho de que los profesores elijan, vivan y compartan en grupo una serie de valores en común, que forman algo así como el caldo de cultivo de la educación que se desarrolla en sus respectivos centros.



Para los «técnicos», la preferencia de los cursos va más en temas que suelen titularse así: la didáctica de Sociales, sistema de evaluación de las Matemáticas, recursos audiovisuales para la asignatura de Arte, metodología activa en Lenguaje, la clase de Música en 8.º de EGB, la selección de recursos naturales para la clase de Ciencias, actividades deportivas en BUP, cómo utilizar un laboratorio de Lenguas y otros tales. Para los «cultos», en cambio, se reservan estas sugerencias: cómo elaborar en común un proyecto educativo, la interacción personal entre profesores, la clarificación de valores en un grupo, la medición de actitudes, los sistemas interdisciplinares, el intercambio de experiencias, los grupos de investigación en la escuela, la toma de decisiones participativa y otros similares.

La cuestión no es simplemente un juego de palabras, como tampoco lo es, cuando se trata de alumnos, el discutir sobre si es más importante la educación o la instrucción del alumno: no cabe duda que una suele ayudar —puede ayudar— o, en definitiva, contiene a la otra o es parte de ella; pero el arte pedagógico es siempre selectivo; buscar los medios más eficaces e insistir más en aquellos que logran fines más amplios. Esto supuesto, ¿cuál es la preferencia aquí-ahora, dado naturalmente un nivel básico aceptable en los dos aspectos: profesores más cultos o profesores más técnicos?

El «ecosistema», un juego para víspera de vacaciones

Ahora que llega el buen tiempo, por aquello de tomar aliento ante los terribles exámenes, conviene de algún modo hacer ejercicios de una cierta relajación. Y esto, no sólo por divertirse, sino también, siguiendo los métodos más puritanos de las ciencias anti-stress, como logro de un cierto apaciguamiento en grupo, desarrollo libre de la imaginación e interacción personal de unos con otros. Efectivamente, la clase está cansada y es necesario romper ciertos ritmos

ya aburridos y tomarse, por ejemplo, una tarde de vacaciones en visperas de iniciarse tan feliz temporada, no sin antes pasar por el cuello angosto de la última evaluación. Soltemos, pues, la imaginación y, en una playa cualquiera, ficticia o real, o a la sombra de cualquier árbol, ausente o presente, juguemos al «ecosistema», una forma tráfuga de abandonar por un momento la dura condición de puro alumno... y repasar algo, al mismo tiempo.

Técnica del juego

1. Se divide al grupo - supuesto máximo de 15-20 - en cinco subgrupos de tres o cuatro personas cada uno.
2. A cada subgrupo se le entrega el título de un «sistema ecológico»: por ejemplo, «mineral», «animal», «vegetal», «sideral», «aéreo», etc. Este título va escrito en una tarjeta secreta, de tal manera que los otros subgrupos no conozcan qué es lo que le tocó a cada uno.
3. Se les explica a todos en voz alta: «Cada uno de vuestros subgrupos tiene un sobre y, en él, hay metida una tarjeta, con el nombre de un sistema ecológico: esto es, un sistema donde hay varios elementos, con «identidad» propia y capacidad de «interacción» con los demás. Va sólo el título: pero los componentes del grupo tenéis que buscar elementos importantes y graciosos de ese sistema. Por ejemplo, si os toca como «ecosistema el «vegetal», ¿qué elementos podrían darse?: tomate, higo, lechuga, espárrago, coliflor, manzana... hasta 10.

Elementos del sistema

Mineral	Vegetal	Animal	Sideral	Aéreo
pedra carbón topacio cristal arcilla	higuera lechuga espárrago cedro sauce	cachalote conejo pato golondrina cisne	planeta luna asteroide via láctea sol	viento ciclón aire brisa remolino

4. Cuando se os ocurran estos 10 elementos, los vais anotando, uno en cada una de las fichas tamaño cuartilla, que lleváis también dentro del sobre. Hacedlo con letra grande, con rotulador o cera gruesa, para que luego todos los del grupo la puedan ver bien desde sus sitios. Es conveniente que cada cuartilla o cartulina de cada uno de los subgrupos sea de distinto color o, al menos, que los rotuladores lo sean.
5. Recordad algo importante en el juego, cada persona del grupo va a ser identificada o transformado en alguno de esos 10 elementos que vosotros escogéis dentro de vuestro sistema. Por ello es necesario que los hayáis escogido bien: graciosos, interesantes, que den juego...
6. Una vez que todos los subgrupos han elegido los 10 elementos de su sistema ecológico y han copiado cada uno de ellos en las cuartillas correspondientes, se hace de nuevo el corro de todo el grupo. En el centro se dibuja un gran cuadro donde arriba figuran, en cartulinas de letras grandes, los cinco títulos de los cinco ecosistemas: Mineral, Vegetal, Animal, Sideral, Aéreo... o los que se hayan elegido. Debajo de cada uno, en vertical, se van colocando los folios con los 10 elementos de cada sistema elegido. (Cfr. cuadro adjunto)
7. Conviene que este cuadro de tarjetas quede ordenado y visible para todos los que participan en el corro: por ello han de tener un tamaño de folio los 6 títulos genera-

les de los «sistemas» y de cuartilla los «elementos». Se colocan en el suelo, y el grupo alrededor.

8. Comienza la acción. Se trata de que cada componente del grupo quede «identificado» o «transformado» por el resto del grupo en el elemento o elementos que los demás elijan para él. Es una labor lenta, sencilla, pero que hay que seguir con ciertas reglas del buen hacer para que salga bien.

9. Uno del subgrupo pide a los de su subgrupo que traten de convertirle en uno de los elementos que figuran en los cinco sistemas: esto es, lo convierten en cinco cosas, una de cada sistema. Así, por ejemplo, uno le dice: «A mí me gustaría que tú te convirtieras en

«pedra»... en «cedro»... en «golondrina»... en «via láctea»... en «ciclón». Y siempre añadiendo un porqué le quisieras convertir en eso. Y ¡muy importante!, siempre con porqués positivos (destacando alguna cualidad que la persona tiene y que le viene muy bien por eso convertirse en «ciclón») o lo que fuere. El aprovechar el juego para cargar de negativos (-) y defectos al otro, no sirve para nada.

10. El ejercicio puede seguir con otra persona de otro subgrupo y así ir alternándose, y pasando por todos. Por ello conviene que el ejercicio se haga con un máximo de 15-20 en total del grupo, ya que, de lo contrario, resultaría largo y perdería intensidad de atención.

11. Una vez realizado este primer pase inicial, quizá un pequeño descanso o un canto ecológico en el que participe todo el grupo.

12. Lo importante es que cada cual reciba este baño de inmersión ecológica en el que todos participamos de todos los elementos que se integran en el gran sistema de la vida.

ACTIVIDADES

Plástica

Que cada uno, con un montón de fotos y dibujos de viejas revistas, trate de componer un mural-collage propio, teniendo como motivo central uno de los «elementos», el que más te guste, en el que le han convertido los demás y representar gráficamente tu ambiente en el que te gustaría vivir como tal elemento

Kinestésica

Disfrázate con cuatro cosas elementales y haz una especie de movimiento y mimo, imitando el elemento que te ha tocado vivir, o, todavía mejor, tratando de ir convirtiéndote de uno en otro de los cinco que te han tocado.

Verbal

Suelta, durante dos minutos, el discurso del «pez» en el que te han convertido.

Aprender, entre todos, la canción «La última rosa» para cantarla en cualquier intermedio del juego

Aplicaciones

Que cada uno tome cinco minutos de relax imaginativo, convirtiéndose él mismo, para su interior, en los cinco elementos. Abrir luego un diálogo de la importancia de la colaboración y dependencia de unos y otros en el sistema en que vivimos.

La última rosa

Musica: Joaquín María García de Dios. Letra: José Luis Blanco Vega